

M

# EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO

CONTIENE

LA EXPLICACIÓN DE LAS MÁXIMAS MORALES DE CRISTO  
SU CONCORDANCIA CON EL ESPIRITISMO  
Y SU APLICACIÓN A LAS DIVERSAS SITUACIONES DE LA VIDA

por

ALLAN KARDEC



SÓLO ES INQUEBRANTABLE LA FE QUE PUEDE MIRAR A LA RAZÓN  
CARA A CARA, EN TODAS LAS ÉPOCAS DE LA HUMANIDAD.

Traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga



CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL

ISBN 978-85-98161-73-0

B. N.

Título del original francés:

L'ÉVANGILE SELON LE SPIRITISME  
(Paris, 1864)

Traducción del original francés: GUSTAVO N. MARTÍNEZ Y MARTA HAYDEE GAZZANIGA

1ª edición – 500 ejemplares

005-O; 04/2009

Portada: LUCIANO CARNEIRO HOLANDA

Proyecto gráfico: RONES LIMA

Copyright 2009 by  
CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL (CEI)  
SGAN 909 – Modulo G  
70690-090 – Brasília (DF) – Brasil

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para el Consejo Espírita Internacional – CEI. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-ROM, sin la previa y expresa autorización de la Editora, en los términos de la ley 9.610/98 que reglamenta los derechos de autor y conexos.

Edición del

CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL  
SGAN 909 – Conjunto F  
70790-090 – Brasília (DF) – Brasil

Pedidos de libros:

Departamento del Libro  
Tel: 00 55 61 3272-1701 – Fax: 00 55 61 3321-8760  
www.edicei.com edicei@edicei.com

CIP-BRASIL. CATALOGAÇÃO-NA-FONTE  
SINDICATO NACIONAL DOS EDITORES DE LIVROS, RJ

K27e

Kardec, Allan, 1804-1869

El Evangelio según el Espiritismo : contiene la explicación de las máximas morales de Cristo su concordancia con el Espiritismo y su aplicación a las diversas situaciones de la vida / por Allan Kardec ; traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga. - Brasília, DF (Brasil) : Consejo Espírita Internacional, 2009.

524p.

Traducción de: L'évangile selon le Spiritisme

ISBN 978-85-98161-73-0

1. Jesus Cristo - Interpretações espiritas. 2. Espiritismo. I. Conselho Espírita Internacional. II. Título.

09-1581.

CDD: 133.9

CDU: 133.7

07.04.09 13.04.09

011977

# ÍNDICE<sup>1</sup>

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA TRADUCCIÓN.....	13
PRÓLOGO DE LA PRESENTE EDICIÓN.....	15
PREFACIO.....	19
INTRODUCCIÓN.....	21
I. Objetivo de esta obra. II. Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus. III. Noticias históricas. IV. Sócrates y Platón : precursores de la idea cristiana y del espiritismo. Resumen de la doctrina de Sócrates y Platón.	
CAPÍTULO I. NO HE VENIDO A DEROGAR LA LEY.....	55
Las tres revelaciones: Moisés; Cristo; el espiritismo (1 a 7). Alianza de la ciencia con la religión (8). Instrucciones de los Espíritus: La era nueva (9 a 11).	
CAPÍTULO II. MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO.....	67
La vida futura (1 a 3). La realeza de Jesús (4). El punto de vista (5 a 7). Instrucciones de los Espíritus: Una realeza terrenal (8).	

---

<sup>1</sup> Los números entre paréntesis corresponden a los párrafos de cada capítulo. (Nota de Allan Kardec.)

CAPÍTULO III. HAY MUCHAS MORADAS EN LA CASA DE MI PADRE.....75

Diferentes estados del alma en la erradicidad (1 y 2).  
Diferentes categorías de mundos habitados (3 a 5).  
Destino de la Tierra. Causas de las miserias humanas (6 y 7). Instrucciones de los Espíritus: Mundos inferiores y mundos superiores (8 a 12). Mundos de expiaciones y de pruebas (13 a 15). Mundos regeneradores (16 a 18).  
Progresión de los mundos (19).

CAPÍTULO IV. NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACE DE NUEVO.....89

Resurrección y reencarnación (1 a 17). La reencarnación fortalece los lazos de familia, mientras que la unicidad de la existencia los rompe (18 a 23). Instrucciones de los Espíritus: Límites de la encarnación (24). Necesidad de la encarnación (25 y 26).

CAPÍTULO V. BIENAVENTURADOS LOS AFLIGIDOS..... 107

Justicia de las aflicciones (1 a 3). Causas actuales de las aflicciones (4 y 5). Causas anteriores de las aflicciones (6 a 10). Olvido del pasado (11). Motivos de resignación (12 y 13). El suicidio y la locura (14 a 17). Instrucciones de los Espíritus: Sufrir bien y sufrir mal (18). El mal y el remedio (19). La felicidad no es de este mundo (20). Pérdida de las personas amadas. Muertes prematuras (21). Si fuese un hombre de bien, habría muerto (22). Los tormentos voluntarios (23). La verdadera desgracia (24). La melancolía (25). Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio (26). ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? (27). ¿Será lícito abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curarse? (28). Sacrificio de la propia vida (29 y 30). Provecho de los padecimientos para el prójimo (31).

CAPÍTULO VI. EL CRISTO CONSOLADOR..... 145

El yugo ligero (1 y 2). Consolador prometido (3 y 4). Instrucciones de los Espíritus: Advenimiento del Espíritu de Verdad (5 a 8).

CAPÍTULO VII. BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU ..... 153

Lo que debe entenderse por pobres de espíritu (1 y 2). El que se eleve será rebajado (3 a 6). Misterios ocultos a los sabios y a los sagaces (7 a 10). Instrucciones de los Espíritus: El orgullo y la humildad (11 y 12). Misión del hombre inteligente en la Tierra (13).

CAPÍTULO VIII. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN..... 169

Dejad que los niños vengan a mí (1 a 4). Pecado de pensamiento. Adulterio (5 a 7). Verdadera pureza. Manos no lavadas (8 a 10). Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, cortadla (11 a 17). Instrucciones de los Espíritus: Dejad que los niños vengan a mí (18 y 19). Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados (20).

CAPÍTULO IX. BIENAVENTURADOS LOS QUE SON MANSOS Y PACÍFICOS..... 185

Injurias y violencias (1 a 5). Instrucciones de los Espíritus: La afabilidad y la dulzura (6). La paciencia (7). Obediencia y resignación (8). La cólera (9 y 10).

CAPÍTULO X. BIENAVENTURADOS LOS QUE SON MISERICORDIOSOS..... 195

Perdonad para que Dios os perdone (1 a 4). Reconciliarse con los adversarios (5 y 6). El sacrificio más agradable a Dios (7 y 8). La paja y la viga en el ojo (9 y 10). No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra (11 a 13). Instrucciones de los Espíritus: Perdón de las ofensas (14 y 15). La indulgencia (16 a 18). ¿Está permitido reprender al prójimo, observar sus imperfecciones y revelar el mal que comete? (19 a 21).

CAPÍTULO XI. AMAR AL PRÓJIMO COMO A SÍ MISMO..... 211

El mayor mandamiento. Hacer por los otros lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros. Parábola de los acreedores y los deudores (1 a 4). Dad al César lo que es del César (5 a 7). Instrucciones de los Espíritus: La ley del amor (8 a 10). El egoísmo (11 y 12). La fe y la caridad (13). Caridad para con los criminales (14). ¿Debemos exponer la vida por un malhechor? (15).

CAPÍTULO XII. AMAD A VUESTROS ENEMIGOS ..... 227

Retribuir el mal con el bien (1 a 4). Los enemigos desencarnados (5 y 6). Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (7 y 8). Instrucciones de los Espíritus: La venganza (9). El odio (10). El duelo (11 a 16).

CAPÍTULO XIII. NO SEPA TU MANO IZQUIERDA LO QUE DA TU MANO DERECHA ..... 245

Hacer el bien sin ostentación (1 a 3). Los infortunios ocultos (4). La ofrenda de la viuda (5 y 6). Invitar a los pobres y a los lisiados. Dar sin esperar retribución (7 y 8). Instrucciones de los Espíritus: La caridad material y la caridad moral (9 y 10). La beneficencia (11 a 16). La piedad (17). Los huérfanos (18). Beneficios que se pagan con ingratitud (19). Beneficencia exclusiva (20).

CAPÍTULO XIV. HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE ..... 273

Piedad filial (1 a 4). ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? (5 a 7). Parentesco corporal y parentesco espiritual (8). Instrucciones de los Espíritus: La ingratitud de los hijos y los lazos de familia (9).

CAPÍTULO XV. FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN..... 287

Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano (1 a 3). El mayor mandamiento (4 y 5). Necesidad de la caridad según san Pablo (6 y 7). Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera de la verdad no hay salvación (8 y 9). Instrucciones de los Espíritus: Fuera de la caridad no hay salvación (10).

CAPÍTULO XVI. NO SE PUEDE SERVIR A DIOS Y A MAMÓN..... 297

Salvación de los ricos (1 y 2). Preservarse de la avaricia (3). Jesús en casa de Zaqueo (4). Parábola del rico malo (5). Parábola de los talentos (6). Utilidad providencial de la riqueza. Pruebas de la riqueza y de la miseria (7). Desigualdad de las riquezas (8). Instrucciones de los Espíritus: La verdadera propiedad (9 y 10). Empleo de la riqueza (11 a 13). Desprendimiento de los bienes terrenales (14). Transmisión de la riqueza (15).

CAPÍTULO XVII. SED PERFECTOS ..... 321

Caracteres de la perfección (1 y 2). El hombre de bien (3). Los buenos espíritas (4). Parábola del sembrador (5 y 6). Instrucciones de los Espíritus: El deber (7). La virtud (8). Los superiores y los inferiores (9). El hombre en el mundo (10). Cuidar el cuerpo y el espíritu (11).

CAPÍTULO XVIII. MUCHOS SON LOS LLAMADOS, Y POCOS LOS ESCOGIDOS ..... 339

Parábola del festín de bodas (1 y 2). La puerta estrecha (3 a 5). No todos los que dicen: ¡Señor! ¡Señor!, entrarán en el reino de los Cielos (6 a 9). Mucho se pedirá a quien mucho recibió (10 a 12). Instrucciones de los Espíritus: Se dará al que tiene (13 a 15). Se reconoce al cristiano por sus obras (16).

CAPÍTULO XIX. LA FE TRANSPORTA MONTAÑAS..... 355

Poder de la fe (1 a 5). La fe religiosa. Condición de la fe inquebrantable (6 y 7). Parábola de la higuera estéril (8 a 10). Instrucciones de los Espíritus: La fe, madre de la esperanza y de la caridad (11). La fe divina y la fe humana (12).

CAPÍTULO XX. LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA..... 365

Instrucciones de los Espíritus: Los últimos serán los primeros (1 a 3). Misión de los espíritas (4). Los obreros del Señor. (5).

CAPÍTULO XXI. HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS..... 375

Se conoce al árbol por su fruto (1 a 3). Misión de los profetas (4). Prodigios de los falsos profetas (5). No creáis a todos los Espíritus (6 y 7). Instrucciones de los Espíritus: Los falsos profetas (8). Caracteres del verdadero profeta (9). Los falsos profetas de la erraticidad (10). Jeremías y los falsos profetas (11).

CAPÍTULO XXII. NO SEPARÉIS LO QUE DIOS HA UNIDO..... 391

Indisolubilidad del matrimonio (1 a 4). El divorcio (5).

CAPÍTULO XXIII. MORAL EXTRAÑA..... 397

Odiar al padre y a la madre (1 a 3). Dejar al padre, a la madre y a los hijos (4 a 6). Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos (7 y 8). No he venido a traer la paz, sino la división (9 a 18).

CAPÍTULO XXIV. NO PONGÁIS LA LÁMPARA DEBAJO DEL CELEMÍN..... 411

La lámpara debajo del celemín. Por qué Jesús habla en parábolas (1 a 7). No vayáis en busca de los gentiles (8 a 10). Los sanos no necesitan al médico (11 y 12). La valentía de la fe (13 a 16). Cargar la propia cruz. El que quiera salvar su vida, la perderá (17 a 19).

CAPÍTULO XXV. BUSCAD Y HALLARÉIS..... 423

Ayúdate, y el Cielo te ayudará (1 a 5). Contemplad las aves del cielo (6 a 8). No os pongáis en trabajos para tener oro (9 a 11).

CAPÍTULO XXVI. DAD DE GRACIA LO QUE DE GRACIA RECIBISTEIS..... 431

El don de curar (1 y 2). Oraciones pagadas (3 y 4). Mercaderes expulsados del templo (5 y 6). Mediumnidad gratuita (7 a 10).

CAPÍTULO XXVII. PEDID Y SE OS DARÁ ..... 439

Cualidades de la oración (1 a 4). Eficacia de la oración (5 a 8). Efecto de la oración. Transmisión del pensamiento (9 a 15). Oraciones inteligibles (16 y 17). Acerca de la oración por los muertos y por los Espíritus que sufren (18 a 21). Instrucciones de los Espíritus: Modo de orar (22). Felicidad que la oración proporciona (23).

CAPÍTULO XXVIII. COMPILACIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS..... 459

PREÁMBULO (1) ..... 459

I - ORACIONES GENERALES..... 462

Oración dominical (2 y 3). Reuniones espíritas (4 a 7). Para los médiums (8 a 10).

II - ORACIONES PARA SÍ MISMO..... 476

A los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores (11 a 14). Para alejar a los Espíritus malos (15 a 17). Para corregirse de un defecto (18 y 19). Para resistir a una tentación (20 y 21). Acción de gracias por la victoria obtenida sobre una tentación (22 y 23). Para pedir un consejo (24 y 25). En las aflicciones de la vida (26 y 27). Acción de

gracias por un favor obtenido (28 y 29). Acto de  
sumisión y de resignación (30 a 33). Ante un  
peligro inminente (34 y 35). Acción de gracias  
por haber salido de un peligro (36 y 37). En  
el momento de dormirse (38 y 39). Cuando se  
prevé la proximidad de la muerte (40 y 41).

III - ORACIONES PARA EL PRÓJIMO ..... 493

Para los que están en la aflicción (42 y 43).  
Acción de gracias por un favor concedido a otro  
(44 y 45). Para nuestros enemigos y para los  
que nos quieren mal (46 y 47). Acción de gracias  
por el bien concedido a nuestros enemigos (48 y  
49). Por los enemigos del espiritismo (50 a 52).  
Para un niño recién nacido (53 a 56). Para un  
agonizante (57 y 58).

IV - ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTÁN EN LA TIERRA.....502

Para los recién fallecidos (59 a 61). Para las  
personas que amamos (62 y 63). Para las almas  
que sufren y piden oraciones (64 a 66). Para  
un enemigo muerto (67 y 68). Para un criminal  
(69 y 70). Para un suicida (71 y 72). Para los  
Espíritus arrepentidos (73 y 74). Para los  
Espíritus empecinados en el mal (75 y 76).

V - ORACIONES PARA LOS ENFERMOS Y OBSESOS..... 516

Para los enfermos (77 a 80). Para los obsesos  
(81 a 84).

## CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la tercera edición del original francés *L'Évangile selon le spiritisme*. Según reza el sello al pie de la portada, el libro fue editado en París, Francia, por les Éditeurs du Livre des Esprits (35, quai des Augustins); Dentu, Fréd. Henri, libraires, en el Palais-Royal y en la oficina de la Revue Spirite (59, rue et passage Sainte-Anne), en el año 1866. La edición fue impresa por P. A. Bourdier et Cie. (rue des Poitevins, 6).

Nos valimos de un ejemplar que pertenece a la mencionada tercera edición, cuya reproducción facsimilar fue realizada por la Federação Espírita Brasileira, en 1975.

La primera edición de esta obra vio la luz, también en París, en abril de 1864, con el título de *Imitation de l'Évangile selon le spiritisme*.

La tercera edición se considera definitiva, pues ha sido revisada, corregida y modificada por el autor, conforme a las indicaciones de los Espíritus. Al respecto, Allan Kardec señala, en la Revista Espírita de noviembre de 1865 (Año VIII, Vol. 11), que “en esta edición la obra ha sido objeto de una reorganización completa. Además de algunos

agregados, las principales modificaciones consisten en una clasificación más metódica, clara y cómoda de las materias. Esto permite que la obra sea de más fácil lectura, y también facilita las consultas”.

En cuanto a las citas bíblicas, dado que el autor empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (La Bible de Sacy-Port Royal), hemos optado por traducirlas tal como se las ha fijado, sin perjuicio de que el lector pueda consultar las versiones españolas ya existentes, y hacer los estudios comparativos que considere adecuados. (Véase la Introducción, § I.)

En suma, el criterio que seguimos en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original.

Los Traductores

Buenos Aires, 31 de marzo de 2009.

## PRÓLOGO DE LA PRESENTE EDICIÓN

Una nueva traducción de “El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, es sumamente oportuna y muy valiosa en este momento de aflicciones individuales y colectivas, teniendo en cuenta la grandiosidad de esa magnífica Obra.

No obstante el significado teológico y teleológico del Evangelio de Jesús, este ha sufrido, a lo largo de los siglos, adulteraciones, adaptaciones a los intereses oscuros de copistas y religiosos vanos, así como alteraciones hechas a propósito, que le amputaron el supremo contenido resultante de las enseñanzas sublimes del Maestro.

Orígenes, por ejemplo, en el siglo III, ya lamentaba al respecto las diferencias entre los manuscritos, que se hicieron aberrantes por la negligencia de los copistas o por la insolencia perversa de otros...

A su vez, Celso, Dionisio, Rufino y muchos otros cristianos primitivos, desde épocas muy remotas, manifestaban su preocupación por las modificaciones de los textos originales, adaptados a propósito por los caprichos de personas sospechosas que así dieron lugar al surgimiento de los dogmas, cambiando completamente el sentido sublime de las enseñanzas de Jesús.

Por ello, el noble codificador Allan Kardec eligió la enseñanza moral, pues esta posee un contenido superior que se mantuvo auténtico pese a las conductas impropias de los copistas e impresores.

En razón de esa belleza impar, que se encuentra en las palabras iluminativas del Maestro, el Evangelio permanece como sublime código de ética e incomparable tratado psicoterapéutico para las angustias y dolores contemporáneos.

En su condición de ciencia experimental, el Espiritismo comprueba la inmortalidad del alma y su comunicabilidad con los seres humanos, presentándolas de manera clara e inconfundible en toda su plenitud, resultante de la investigación severa y noble de los hechos.

Como filosofía, ofrece las explicaciones racionales y lógicas para los complejos problemas humanos al respecto del ser, del destino y del dolor, como ninguna otra lo ha producido.

Empero, en su valioso contenido ético-moral alcanza el auge de su significado, porque dignifica al ser humano y lo libera de la ignorancia religiosa, de los atavismos ancestrales que lo inducían al miedo, así como le ofrece una inapreciable contribución para el logro de la felicidad en la Tierra y en el Más Allá...

Constituyendo el más complejo código moral de la humanidad, el Evangelio de Jesús es, indudablemente, un especial granero de bendiciones iluminativas y libertadoras.

La moral evangélica es única, sin excepciones, actual en todos los tiempos, e invita a una conducta recta y a la adquisición de la conciencia noble, de la responsabilidad del ser humano en relación a sí mismo, a su prójimo y a Dios.

Gracias a sus sublimes conceptos, la vida propicia la adquisición de la alegría de luchar y de sufrir, transformando dolores en sonrisas, y angustias en esperanzas de mejores días, por considerar que todo cuanto acontece tiene razones soberanas para suceder.

La Ley de Causa y Efecto se encuentra presente en todo el historial del ser humano.

De acuerdo con su conducta actual, él siembra la futura cosecha que le está destinada.

Además del estudio realizado por Allan Kardec acerca de la cultura de la época de Jesús, de las costumbres y de las diferencias sociales, así como de las agrupaciones religiosas, el maestro se dedicó a interpretar las enseñanzas más significativas del Hombre de Nazareth, de acuerdo con las necesidades evolutivas de cada quien.

Penetrando la sonda investigadora en las palabras y en los conceptos emitidos por Jesús, descubre el significado trascendente que es siempre nuevo en todas las épocas de la humanidad. Por eso, su Evangelio solamente puede ser entendido en espíritu y en verdad, conforme él mismo lo dijo.

La criatura humana consiguió conquistar las estrellas e introducir la investigación en las micropartículas, descifrando algunos de los enigmas cruciales que permanecían aflictivos. Sin embargo, no tuvo la valentía de conquistarse a sí mismo, marchando evolutivamente con la inteligencia, pero sin el apoyo del sentimiento superior. Por ello, el siglo de las conquistas científicas y tecnológicas, también lo es del sufrimiento y de la desesperación, lo que demuestra la falencia moral de las doctrinas materialistas y nihilistas.

El mundo es rico en conocimientos, pero pobre en amor.

Las guerras, el terrorismo, las revoluciones y discriminaciones de todo orden -particularmente la xenofobia, que retorna en muchos países que se consideran civilizados-, las injusticias sociales, la violencia urbana, la desesperación y las enfermedades pandémicas que destruyen muchedumbres, demuestran la falencia de la cultura sin Dios y sin la certeza de la inmortalidad del Espíritu...

Hoy, más que nunca, el hombre y la mujer necesitan creer, tener certezas, directrices seguras para conquistar la felicidad, que no se encuentra fuera de ellos, sino dentro, en la intimidad de su ser.

El Evangelio según el Espiritismo, por lo tanto, en razón de la profundidad moral, filosófica y espiritual de sus contenidos sublimes, es portador de la esperanza, de los recursos hábiles para la adquisición de la plenitud, de la realización interior.

Verdadero faro de bendiciones, confirma la promesa de Jesús acerca de que enviaría al Consolador, para que erradicara las causas de los sufrimientos humanos, liberando a todos, de esa manera, de las lágrimas y los dolores.

Saludamos, pues, esta nueva traducción al español, con entusiasmo y alegría, confiando en los beneficios que habrá de proporcionar a todos aquellos que tienen sed de Dios y de la Verdad.

José María Fernández Colavida

(Página psicografiada en español por el médium Divaldo Pereira Franco, el día 21 de febrero de 2009, en el Centro Espírita "Camino de la Redención", en Salvador, Bahía, Brasil).

## PREFACIO

Los Espíritus del Señor, que son las virtudes de los Cielos, como un inmenso ejército que se pone en movimiento tan pronto como ha recibido la orden de su comandante, se esparcen por la superficie de la Tierra y, semejantes a estrellas que caen de lo Alto, vienen a iluminar el camino y a abrir los ojos de los ciegos.

En verdad os digo que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, a fin de disipar las tinieblas, confundir a los orgullosos y glorificar a los justos.

Las poderosas voces del Cielo resuenan como el son de la trompeta, y a ellas se suman los coros de los ángeles. Hombres, os invitamos al concierto divino. Pulsen la lira vuestras manos, únanse vuestras voces, y en un himno sagrado difúndanse y vibren de un extremo al otro del universo.

Hombres, hermanos a quienes amamos, estamos junto a vosotros. Amaos también unos a otros, y desde el fondo de vuestros corazones decid, en cumplimiento de la voluntad del Padre que está en el Cielo: “¡Señor! ¡Señor!”, y podréis ingresar al reino de los Cielos.

### EL ESPÍRITU DE VERDAD

NOTA. La instrucción precedente, transmitida por vía mediúmnica, resume al mismo tiempo el verdadero carácter del espiritismo y el objetivo de esta obra, razón por la cual fue colocada aquí como prefacio. (N. de Allan Kardec.)



# INTRODUCCIÓN

## I. Objetivo de esta obra

Las materias que los Evangelios contienen pueden dividirse en cinco partes: los hechos comunes de la vida de Cristo, los milagros, las predicciones, las palabras que sirvieron de base para establecer los dogmas de la Iglesia, y la enseñanza moral. Si bien las cuatro primeras partes han sido objeto de controversias, la última ha permanecido inatacable. Ante ese código divino, hasta la incredulidad se inclina. Es el terreno donde pueden reunirse todos los cultos, el estandarte bajo el cual todos pueden resguardarse, sean cuales fueren sus creencias, puesto que jamás ha sido objeto de las disputas religiosas que, en todos los casos y en todas partes, fueron suscitadas por las cuestiones relativas al dogma. Además, si la hubieran discutido, las sectas habrían encontrado en esa enseñanza su propia condenación, pues en su mayoría se aferran preferentemente a la parte mística antes que a la moral, que exige a cada uno su propia reforma. Para los hombres ese código es, en especial, una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida

privada y pública; es el principio de todas las relaciones sociales basadas en la más rigurosa justicia. Constituye, en último término y por encima de todo, el camino infalible de la felicidad venidera, y levanta un extremo del velo que nos ocultaba la vida futura. Esta parte será el objeto exclusivo de la presente obra.

El mundo todo admira la moral evangélica; todos proclaman su excelencia y su carácter de indispensable, pero muchos lo hacen porque confían en lo que han escuchado al respecto, o porque tienen fe en algunas de sus máximas, que se han vuelto proverbiales. Con todo, pocos la conocen a fondo, y más escasos aún son los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. La razón de esto reside, en buena medida, en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, que resulta ininteligible para la mayor parte de las personas. La forma alegórica y el misticismo intencional del lenguaje contribuyen a que la mayoría lo lea para descargar la conciencia y como si se tratara de un deber, del mismo modo que leen las plegarias: sin comprenderlas, es decir, sin que les aporte beneficio alguno. Los preceptos morales, diseminados aquí y allá, intercalados en el conjunto de las narraciones, pasan desapercibidos. Por consiguiente, es imposible comprenderlos cabalmente y adoptarlos como objeto de lecturas y meditaciones especiales.

Por cierto, se han escrito tratados de moral evangélica, pero su presentación en estilo literario moderno les ha quitado la sencillez primitiva que constituye, al mismo tiempo, su encanto y su autenticidad. Algo similar sucede con las máximas sacadas de contexto, reducidas a su más simple expresión proverbial: no son más que aforismos despojados de una parte de su valor e interés, pues les faltan los complementos y las circunstancias en que fueron enunciados.

Para evitar esos inconvenientes hemos reunido en esta obra los textos que se hallan en condiciones de constituir, hablando con propiedad, un código de moral universal, sin distinción de cultos. En las citas hemos conservado lo que era útil para el desarrollo de la idea, y suprimimos únicamente lo que resultaba ajeno al tema. Por otra parte, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, al igual que la división en versículos. No obstante, en lugar de atenernos a un orden cronológico, lo que habría sido imposible y además no ofrecería ninguna ventaja efectiva para este asunto, hemos agrupado y clasificado metódicamente las máximas según su naturaleza, de modo que pudieran deducirse unas de otras tanto como fuera posible. La inclusión de los números de orden de los capítulos y de los versículos permite recurrir a la clasificación tradicional, en caso de que se lo considere necesario.

Con todo, ese sería un trabajo material que de por sí tendría solamente una utilidad secundaria. Lo esencial era poner el Evangelio al alcance de todos, mediante la explicación de los pasajes oscuros y el desarrollo de todas las consecuencias, con el fin de aplicarlas a las diversas situaciones de la vida. Eso hemos intentado hacer, con la ayuda de los Espíritus buenos que nos asisten.

Muchos pasajes del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados en general, son incomprensibles, e incluso algunos parecen irracionales, solamente porque falta la clave que permita comprender su verdadero sentido. Esa clave se encuentra por completo en el espiritismo. De eso han podido convencerse los que lo estudiaron con seriedad, y todos habrán de reconocerlo, mejor aún, más adelante. El espiritismo se encuentra por doquier, tanto en la Antigüedad como en las diferentes épocas de la humanidad. Por todas

partes encontramos vestigios de él: en los escritos, en las creencias y en los monumentos. Por eso, así como abre nuevos horizontes para el porvenir, también arroja una luz no menos intensa sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto hemos añadido algunas instrucciones escogidas entre las que dictaron los Espíritus en diversos países, a través de diferentes médiums. Si esas instrucciones hubiesen emanado de una sola fuente podrían haber sufrido una influencia personal o del medio, mientras que la diversidad de orígenes es una demostración de que los Espíritus imparten sus enseñanzas en todas partes, y que al respecto nadie goza de privilegios.<sup>1</sup>

Esta obra es para uso de todos. Cada uno puede extraer de ella los medios para adecuar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espíritas encontrarán aquí las aplicaciones que les conciernen de modo especial. Gracias a las comunicaciones establecidas a partir de ahora y en forma permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica que los Espíritus enseñan a todas las naciones

---

<sup>1</sup> Sin duda hubiéramos podido ofrecer acerca de cada asunto una mayor cantidad de comunicaciones, entre las obtenidas en muchas ciudades y centros espíritas, además de las citadas. Sin embargo, ante todo hemos tratado de evitar la monotonía de las repeticiones inútiles, de modo que limitamos nuestra selección a las que, tanto por el fondo como por la forma, se encuadran más específicamente en el contexto de esta obra. Asimismo, hemos reservado para posteriores publicaciones las que no han tenido un espacio aquí.

En cuanto a los médiums, nos abstuvimos de nombrarlos. En la mayoría de los casos, no los hemos mencionado porque ellos mismos lo solicitaron, de modo que no convenía hacer excepciones. Por otra parte, los nombres de los médiums no hubieran agregado valor alguno a la obra de los Espíritus. Mencionarlos sólo hubiese sido una satisfacción para su amor propio, a la que los médiums verdaderamente serios no atribuyen la menor importancia. Dado que su rol es meramente pasivo, comprenden que el valor de las comunicaciones en nada realza su mérito personal, y que sería pueril envanecerse por un trabajo intelectual al que sólo aportan su colaboración mecánica. (N. de Allan Kardec.)

ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y porque los consejos de sus guías espirituales los inducirán incesantemente a ponerla en práctica. Las instrucciones de los Espíritus son en verdad las voces del Cielo que vienen a instruir a los hombres y a invitarlos a la práctica del Evangelio.

## II. Autoridad de la doctrina espírita

### Control universal de la enseñanza de los Espíritus

Si la doctrina espírita fuese una concepción meramente humana no tendría otra garantía que las luces de quien la hubiera concebido. Ahora bien, nadie en este mundo podría abrigar la pretensión fundada de poseer sólo para sí la verdad absoluta. Si los Espíritus que la han revelado se hubiesen manifestado a un hombre solamente, nada garantizaría su origen, pues sería preciso creer en la palabra del que dijera haber recibido de ellos su enseñanza. En caso de que se admitiera una absoluta sinceridad de su parte, a lo sumo podría convencer a las personas con quienes estuviera relacionado; conseguiría adeptos, pero nunca llegaría a congregarse a todo el mundo.

Dios ha querido que la nueva revelación llegase a los hombres por un camino más rápido y de mayor autenticidad. Por eso encargó a los Espíritus que la transportaran desde uno a otro polo, y que se manifestaran en todas partes, sin conceder a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra. Es posible engañar a un hombre, incluso este puede engañarse a sí mismo, pero no hay lugar a dudas cuando millones de personas ven y oyen lo mismo: eso es una garantía para cada uno y para todos. Por otra parte, es posible hacer

que un hombre desaparezca, pero no se puede hacer que desaparezcan las masas; es posible quemar los libros, pero no se puede quemar a los Espíritus. Aun así, aunque se quemaran todos los libros, no por ello la fuente de la doctrina dejaría de ser inagotable, puesto que no se encuentra en la Tierra, sino que brota en todas partes y todos pueden apagar su sed en ella. A falta de hombres para difundirla, siempre habrá Espíritus, que llegan a todos sin que nadie pueda llegar hasta ellos.

En realidad son los propios Espíritus quienes hacen la propaganda, con la ayuda de innumerables médiums a los que ellos estimulan en todas partes. Si sólo hubiera habido un único intérprete, por más favorecido que estuviese, el espiritismo apenas se conocería. Incluso, ese intérprete, sea cual fuere la clase a la que perteneciera, habría sido objeto de prevenciones por parte de muchas personas, y no todas las naciones lo habrían aceptado. En cambio, como los Espíritus se comunican en todas partes, en todos los pueblos, así como en la totalidad de las sectas y de los partidos, todo el mundo los acepta. El espiritismo no tiene nacionalidad, no forma parte de ningún culto en particular, ni es impuesto por ninguna clase social, porque cualquier persona se halla en condiciones de recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba. Era preciso que así fuera, para que pudiese convocar a todos los hombres a la fraternidad. Si el espiritismo no hubiese permanecido en un terreno neutral habría alimentado las disensiones, en vez de apaciguarlas.

La universalidad de la enseñanza de los Espíritus constituye el poder del espiritismo. Ahí reside también la causa de su rápida propagación. Mientras que la palabra de un solo hombre, aunque este contara con el concurso de

la prensa, tardaría siglos para llegar a los oídos de todos, ocurre que millares de voces se hacen oír simultáneamente en todos los lugares de la Tierra, para proclamar los mismos principios y transmitirlos tanto a los más ignorantes como a los más sabios, a fin de que nadie sea desheredado. Se trata de una ventaja de la que no ha gozado ninguna de las doctrinas que aparecieron hasta ahora. Por consiguiente, dado que el espiritismo es una verdad, no le teme al desprecio de los hombres, ni a las revoluciones morales, ni a los cataclismos físicos del globo, porque nada de eso puede afectar a los Espíritus.

Sin embargo, esa no es la única ventaja que deriva de su excepcional posición. El espiritismo encuentra en ella una garantía todopoderosa contra los cismas que podrían suscitarse, tanto por la ambición de algunos como por las contradicciones de determinados Espíritus. Sin duda, esas contradicciones constituyen un escollo, pero un escollo que lleva consigo el remedio para su propio mal.

Es sabido que los Espíritus, a causa de la diferencia que existe entre sus capacidades, lejos están en lo individual de poseer la verdad absoluta; que no a todos les está dado el penetrar ciertos misterios; que el saber de cada uno es proporcional a su purificación; que los Espíritus vulgares no saben más que los hombres, e incluso saben menos que ciertos hombres; que entre ellos, tanto como entre los hombres, los hay presuntuosos y pseudocientíficos que pretenden saber lo que ignoran; sistemáticos que adoptan sus propias ideas como verdades; por último, que sólo los Espíritus de la categoría más elevada, los que ya están absolutamente desmaterializados, son los que se han despojado de las ideas y de los prejuicios terrenales. No obstante, también se sabe que los Espíritus engañosos no

tienen reparo en adoptar nombres que no les pertenecen, a fin de que se acepten sus utopías. De ahí resulta que, en lo atinente a todo lo que esté fuera del ámbito de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno pueda recibir tendrán un carácter individual, sin la certeza acerca de su autenticidad; y deben ser consideradas como opiniones personales de tal o cual Espíritu, de modo que sería imprudente admitirlas y propagarlas a la ligera como verdades absolutas.

El primero de los controles es, con toda seguridad, el de la razón, a la que es necesario someter sin excepciones todo lo que proviene de los Espíritus. Una teoría en evidente contradicción con el buen sentido, con una lógica rigurosa y con los datos positivos que se poseen, debe ser rechazada, por más respetable que sea el nombre con que esté firmada. Sin embargo, en muchos casos ese control resultará incompleto debido a los deficientes conocimientos de ciertas personas, como también a la tendencia de muchos a considerar su propia opinión como juez exclusivo de la verdad. En semejante caso, ¿qué hacen los hombres que no depositan una confianza absoluta en sí mismos? Buscan el veredicto de la mayoría y adoptan como guía la opinión de esta. Así se debe proceder respecto a la enseñanza de los Espíritus, pues ellos mismos nos proporcionan los medios para hacerlo.

La concordancia en la enseñanza de los Espíritus es, pues, el mejor control. Con todo, es necesario realizarlo conforme a determinadas condiciones. La menos segura de todas es que el propio médium interroge a Espíritus diferentes acerca de un punto dudoso. Evidentemente, si él estuviera bajo el dominio de una obsesión o tratara con un Espíritu engañador, ese Espíritu podría manifestarle la misma cosa con nombres diferentes. Tampoco hay

una garantía suficiente en la conformidad que haya en lo que se puede obtener a través de varios médiums en un mismo centro, porque es posible que todos estén bajo la misma influencia.

La única garantía sería en relación con la enseñanza de los Espíritus está en la concordancia que debe existir entre las revelaciones hechas espontáneamente, a través de un número importante de médiums de lugares diferentes, que no se conozcan entre sí.

Se entiende que no se trata aquí de comunicaciones relativas a intereses secundarios, sino de las referidas precisamente a los principios de la doctrina. La experiencia demuestra que cuando se debe revelar un principio nuevo, este es enseñado espontáneamente en diferentes puntos, al mismo tiempo y de una manera idéntica, si no en cuanto a la forma, al menos en lo relativo al fondo. Por consiguiente, si satisface a un Espíritu formular un sistema excéntrico, basado exclusivamente en sus ideas y ajeno a la verdad, téngase por seguro que ese sistema quedará circunscrito y caerá ante la unanimidad de las instrucciones que se proporcionen en todas partes, como ha quedado demostrado en abundantes ejemplos. Precisamente, a la unanimidad se debió el fracaso de los sistemas parciales que surgieron en los orígenes del espiritismo, cuando cada cual explicaba los fenómenos a su modo, antes de que se conociesen las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible.

Esa es la base en que nos apoyamos cuando enunciamos un principio de la doctrina. No se debe a que por estar conforme con nuestras ideas lo tomamos por verdadero. No nos colocamos, en absoluto, como juez supremo de la verdad, ni tampoco decimos a nadie: "Creed en tal cosa

porque nosotros lo decimos". Desde nuestro punto de vista, nuestra opinión sólo es una opinión personal, que puede ser verdadera o falsa, puesto que no nos consideramos más infalibles que otros. Tampoco es por el hecho de que nos hayan enseñado un principio, que lo consideremos verdadero, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

En la posición en que nos encontramos, dado que recogemos comunicaciones de cerca de mil centros espíritas serios, diseminados por los más diversos puntos del globo, estamos en condiciones de analizar los principios en que se basa la concordancia. Ese análisis nos ha guiado hasta hoy, y habrá de guiarnos en los nuevos campos que el espiritismo está llamado a explorar. Así, mediante el estudio atento de las comunicaciones provenientes de diferentes lugares, tanto de Francia como del extranjero, reconocemos, por la naturaleza absolutamente especial de las revelaciones, que el espiritismo tiende a ingresar en un nuevo camino, y que le ha llegado el momento de dar un paso hacia adelante. Esas revelaciones, formuladas a veces con palabras veladas, a menudo han pasado desapercibidas a muchos de los que las han obtenido. Muchos otros creen que son los únicos que las poseen. Tomadas en forma aislada, no tendrían ningún valor para nosotros; sólo la coincidencia les confiere autoridad. Más adelante, cuando llegue el momento de darlas a publicidad, cada uno recordará haber obtenido instrucciones en el mismo sentido. Ese movimiento general, que analizamos y estudiamos con la asistencia de nuestros guías espirituales, es el que nos ayuda a determinar la oportunidad para que realicemos o no alguna cosa.

Ese control universal constituye una garantía para la unidad futura del espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias. De ese modo se buscará en el porvenir el

criterio de la verdad. Lo que determinó el éxito de la doctrina formulada en El Libro de los Espíritus y en El Libro de los Médiums, fue que en todas partes todos pudieran recibir, directamente de los Espíritus, la confirmación acerca del contenido de esos libros. Si de todas partes los Espíritus hubieran venido a contradecirlo, haría mucho tiempo que esos libros habrían sufrido la suerte de las concepciones fantasiosas. Ni con el apoyo de la prensa se hubieran salvado del naufragio, mientras que, privados incluso de ese apoyo, no han dejado de abrirse camino y de avanzar rápidamente. Esto se debe a que han recibido el apoyo de los Espíritus, cuya buena voluntad no sólo compensó sino superó la mala disposición de los hombres. Del mismo modo sucederá con todas las ideas que, emanadas de los Espíritus o de los hombres, no puedan superar la prueba de dicho control, cuyo poder nadie puede discutir.

Supongamos, por lo tanto, que ciertos Espíritus quieran dictar, bajo cualquier denominación, un libro en sentido contrario; supongamos además que con una intención hostil y con el propósito de desacreditar la doctrina, la malevolencia suscite comunicaciones apócrifas; ¿cuál sería la influencia que podrían ejercer esos escritos, si en todas partes fueran desmentidos por los Espíritus? Necesitamos como garantía la adhesión de estos últimos, antes de lanzar algún sistema en su nombre. Del sistema de uno solo, al sistema de todos, existe la misma distancia que va desde la unidad al infinito. ¿Qué podrán conseguir los argumentos de los detractores, por encima de la opinión de las masas, cuando millones de voces amigas provenientes del espacio llegan de todas partes del universo, para combatir tenazmente tales argumentos en el seno de cada familia? Al respecto, ¿la teoría no ha sido confirmada ya por la

experiencia? ¿Qué ha sido de todas esas publicaciones que, según decían, pretendían aniquilar al espiritismo? ¿Cuál es la que siquiera ha frenado su marcha? Hasta el presente no se había enfocado esta cuestión desde ese punto de vista: uno de los más importantes, sin duda. Cada uno contó consigo mismo, pero no contó con los Espíritus.

El principio de la concordancia es también una garantía contra las alteraciones que, para su propio provecho, podrían introducir en el espiritismo las sectas que quisieran apoderarse de él y adaptarlo a su voluntad. Quien intentara desviarlo de su objetivo providencial fracasaría, por la sencilla razón de que los Espíritus, en virtud de la universalidad de su enseñanza, echarían por tierra cualquier modificación que se apartara de la verdad.

De todo esto se desprende una verdad fundamental: cualquiera que intentara oponer trabas al curso de las ideas, ya establecido y sancionado, podría por cierto provocar una pequeña perturbación local y momentánea, pero nunca dominaría al conjunto, ni siquiera en el presente, pero menos todavía en el futuro.

También se desprende de esto que las instrucciones que han suministrado los Espíritus, acerca de los puntos de la doctrina que aún no se han dilucidado, no se convertirán en ley mientras esas instrucciones permanezcan aisladas, de modo que no deben ser aceptadas sino con todas las reservas y exclusivamente a título informativo.

De ahí la necesidad de tener la mayor prudencia al darlas a publicidad; y en caso de que se considerase conveniente publicarlas, sólo deben ser presentadas como opiniones individuales más o menos probables, pero que en todos los casos necesitan ser confirmadas. Esa confirmación

es la que se debe aguardar antes de presentar algún principio como verdad absoluta, a menos que se exponga a recibir la acusación de liviandad o de credulidad irreflexiva.

Los Espíritus superiores proceden en sus comunicaciones con suma sabiduría. Sólo abordan las cuestiones principales de la doctrina en forma gradual, a medida que la inteligencia es apta para comprender verdades de un orden más elevado, y cuando las circunstancias son propicias para la emisión de una idea nueva. A eso se debe que no hayan dicho todo desde el comienzo, ni que lo hayan hecho hasta el día hoy, pues jamás ceden a la impaciencia de las personas demasiado apuradas que pretenden cosechar los frutos antes de que hayan madurado. Sería, pues, superfluo querer precipitar el tiempo que la Providencia asignó a cada cosa, porque entonces los Espíritus realmente serios negarían decididamente su colaboración, y los espíritus frívolos, a quienes poco les preocupa la verdad, responderían a todo. Esa es la razón por la que las preguntas prematuras siempre reciben respuestas contradictorias.

Los principios precedentes no son el resultado de una teoría personal, sino la consecuencia forzosa de las condiciones en que se manifiestan los Espíritus. Es evidente que si un Espíritu dice una cosa en un lugar, mientras millones de Espíritus dicen lo contrario en otro, la presunción de verdad no puede hallarse de parte de aquel que es el único, o poco menos que el único, que sostiene esa opinión. Ahora bien, que alguien pretendiera tener razón contra todos sería tan ilógico de parte de un Espíritu como de parte de los hombres. Los Espíritus que en verdad son sabios, si no se consideran debidamente ilustrados sobre una cuestión, jamás la resuelven en forma terminante;

declaran que sólo la tratan desde su punto de vista y aconsejan que se aguarde la confirmación.

Por grande, bella y justa que sea una idea, resulta imposible que desde un principio congregue a la totalidad de las opiniones. Los conflictos que de ella derivan son la consecuencia inevitable de la conmoción que se produce; son necesarios incluso para hacer que la verdad resalte mejor, y es conveniente que tengan lugar al comienzo, a fin de que las ideas falsas sean pronto dejadas de lado. Los espíritas que alimenten algún temor al respecto pueden, pues, permanecer absolutamente tranquilos. Las pretensiones aisladas fracasarán, por la fuerza de las circunstancias, ante el importante y poderoso criterio del control universal.

No será a la opinión de un hombre que se aliarán los demás, sino a la voz unánime de los Espíritus. No será un hombre, ni nosotros ni cualquier otro, quien implantará la ortodoxia espírita. Tampoco será un Espíritu quien venga a imponerse a quienquiera que sea: será la universalidad de los Espíritus que se comunican en toda la Tierra por orden de Dios. Ese es el carácter esencial de la doctrina espírita; esa es su fuerza, su autoridad. Dios ha querido que su ley se apoyara en una base inconvencible, por eso no le dio como fundamento la frágil cabeza de uno solo.

Ante tan poderoso areópago, que no conoce bandos ni rivalidades celosas, ni sectas, ni naciones, caerán todas las oposiciones, todas las ambiciones, todas las pretensiones de supremacía individual, pues nos destruiríamos a nosotros mismos si quisiéramos sustituir sus decretos soberanos por nuestras propias ideas. Sólo él resolverá los litigios, acallará las disidencias y dará la razón a quien le corresponda. Ante ese imponente acuerdo de todas las voces del Cielo, ¿cuánto puede la opinión de un hombre o de un Espíritu? Menos

que una gota de agua que se pierde en el océano, menos que la voz de un niño sofocada por la tempestad.

La opinión universal: ese es el juez supremo, que se pronuncia en última instancia. Esa opinión está constituida por las opiniones individuales. Si alguna de ellas es verdadera, sólo tiene en la balanza un peso relativo. Si es falsa, no puede prevalecer sobre las demás. En ese inmenso conjunto las individualidades se extinguen, lo que representa un nuevo fracaso para el orgullo humano.

Ese conjunto armonioso ya se esboza. No pasará este siglo sin que brille en todo su esplendor, a fin de disipar las incertidumbres; porque desde ahora hasta entonces, voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír, de modo de reunir a los hombres bajo el mismo estandarte, tan pronto como el campo esté suficientemente labrado. Mientras tanto, aquel que fluctúe entre dos sistemas opuestos podrá observar en qué sentido se ordena la opinión general: ese será el indicio cierto del sentido en que se pronuncia la mayoría de los Espíritus en los diferentes sitios en que se comunican, y una señal no menos segura de cuál de los dos sistemas prevalecerá.

### III. Noticias históricas

Para comprender adecuadamente ciertos pasajes de los Evangelios es necesario conocer el valor de diversas palabras que a menudo se emplean en ellos, y que caracterizan el estado de las costumbres y de la sociedad judía de aquella época. Como para nosotros esas palabras no tienen el mismo sentido, muchas veces han sido mal interpretadas, lo que ha generado una especie de incertidumbre. La comprensión

de su significado explica, además, el sentido verdadero de ciertas máximas que a primera vista parecen ininteligibles.

SAMARITANOS. Después del cisma de las diez tribus, Samaria se convirtió en la capital del reino disidente de Israel. Destruída y vuelta a construir varias veces, la ciudad fue, bajo el dominio romano, la sede administrativa de la Samaria, una de las cuatro divisiones de la Palestina. Herodes, llamado el Grande, la embelleció con suntuosos monumentos y, para halagar a Augusto, le dio el nombre de Augusta, en griego: Sebaste.

Los samaritanos casi siempre estuvieron en guerra con los reyes de Judá. Una aversión profunda, que databa de la época de la separación, se perpetuó entre ambos pueblos, que evitaban todas las relaciones recíprocas. Los samaritanos, a fin de ahondar la separación y para no tener que ir a Jerusalén con motivo de la celebración de las fiestas religiosas, construyeron un templo particular y adoptaron algunas reformas. Solamente admitían el Pentateuco, que contenía la ley de Moisés, y rechazaban los libros que posteriormente se le anexaron. Sus libros sagrados estaban escritos en caracteres hebreos de la mayor antigüedad. Para los judíos ortodoxos, los samaritanos eran herejes y, por eso mismo, despreciados, anatematizados y perseguidos. El antagonismo de las dos naciones tenía, pues, como único motivo la divergencia de las opiniones religiosas, aunque sus creencias tuviesen el mismo origen. Eran los protestantes de aquel tiempo.

Aún hoy se encuentran samaritanos en algunas regiones del Mediterráneo oriental, especialmente en Nablus y en Jaifa. Observan la ley de Moisés con mayor rigor que el resto de los judíos, y sólo contraen matrimonio entre ellos.

NAZARENOS. Nombre dado en la antigua ley a los judíos que hacían votos, de por vida o transitorios, de conservar una absoluta pureza. Se comprometían a permanecer castos, a abstenerse de bebidas alcohólicas y a conservar su cabellera. Sansón, Samuel y Juan el Bautista eran nazarenos.

Posteriormente los judíos dieron ese nombre a los primeros cristianos, en alusión a Jesús de Nazaret.

Ese fue también el nombre de una secta herética de los primeros siglos de la era cristiana, que, al igual que los ebionitas, de los que adoptaron ciertos principios, mezclaban las prácticas mosaicas con los dogmas cristianos. Esta secta desapareció en el siglo cuarto.

PUBLICANOS. En la antigua Roma, se llamaba así a los caballeros arrendatarios de las contribuciones públicas, encargados de la cobranza de los impuestos y las rentas de toda clase, ya fuera en la misma Roma, o en las demás partes del Imperio. Eran semejantes a los arrendatarios generales y a los rematadores de impuestos del antiguo régimen en Francia, que aún existen en algunas comarcas. Por los riesgos que corrían se cerraban los ojos ante las riquezas que a menudo conseguían y que, para muchos, eran producto de exacciones y lucros escandalosos. El nombre de publicano se extendió más tarde a todos aquellos que administraban el dinero público y a los agentes subalternos. Hoy el término se emplea, en sentido peyorativo, para designar a los financistas y a los agentes de negocios poco escrupulosos. En algunas ocasiones se dice: "ávido como un publicano" o "rico como un publicano", en referencia a una fortuna mal habida.

De la dominación romana, el impuesto fue lo que los judíos aceptaron con mayor dificultad, y lo que les provocó

mayor irritación. Debido a él se produjeron numerosos motines, y se hizo de esto una cuestión religiosa, porque era considerado contrario a la ley. Se constituyó incluso un partido poderoso, cuyo jefe era un tal Judá, llamado el Gaulonita, que había establecido como principio no pagar el impuesto. Por lo tanto, los judíos sentían horror por el impuesto y, en consecuencia, por todos los que se encargaban de recaudarlo. De ahí su aversión a los publicanos de todas las categorías, entre los cuales podía haber personas muy estimables, pero que en razón de sus funciones eran menospreciadas, al igual que sus allegados, y se las incluía en el mismo rechazo. A los judíos distinguidos les resultaba comprometedor tener trato con ellos.

PEAJEROS. Eran los recaudadores de baja categoría, encargados principalmente del cobro de los derechos de entrada a las ciudades. Sus funciones correspondían, poco más o menos, a las de los empleados de aduana. Estaban incluidos en la repulsión dirigida a los publicanos en general. Por esa razón, en el Evangelio se encuentra con frecuencia el nombre de publicano asociado a la expresión gente de mala vida. Esta calificación no implicaba la de disolutos o vagos, sino que era un término despreciativo, sinónimo de gente de mala compañía, indigna de convivir con personas distinguidas.

FARISEOS. (Del hebreo *parasch*: división, separación.) La tradición constituía una parte importante de la teología judaica. Consistía en una compilación de las interpretaciones sucesivas del sentido de las Escrituras, que se convirtieron en artículos de dogma. Entre los doctores, era motivo de interminables discusiones, la mayoría de las veces sobre simples cuestiones de palabras o de forma, del tipo de las disputas teológicas y las sutilezas escolásticas de la Edad

Media. De ahí nacieron diferentes sectas, cada una de las cuales pretendía tener el monopolio de la verdad, mientras se detestaban cordialmente las unas a las otras, como sucede a menudo.

Entre esas sectas, la más influyente era la de los fariseos, que tuvo por jefe a Hillel, doctor judío que nació en Babilonia, fundador de una escuela célebre, en la que se enseñaba que la fe sólo se basaba en las Escrituras. Su origen se remonta a 180 ó 200 años antes de Jesucristo. Los fariseos fueron perseguidos en diversas épocas, especialmente bajo el poder de Hircano -soberano pontífice y rey de los judíos-, de Aristóbulo y de Alejandro, rey de Siria. Sin embargo, como este último les restituyó sus honores y sus bienes, los fariseos recobraron su poder y lo conservaron hasta la ruina de Jerusalén, en el año 70 de la era cristiana, época en que desapareció su denominación a consecuencia de la dispersión de los judíos.

Los fariseos tomaban una parte activa en las controversias religiosas. Serviles observantes de las prácticas exteriores del culto y de las ceremonias, caracterizados por su dedicación ferviente al proselitismo, enemigos de los innovadores, aparentaban una gran severidad de principios. Con todo, bajo las apariencias de una devoción meticulosa, ocultaban costumbres disolutas, gran orgullo y, sobre todo, un excesivo anhelo de dominación. Para ellos, la religión era más un medio para alcanzar sus fines, que objeto de fe sincera. De la virtud sólo conservaban la ostentación y las exteriorizaciones, aunque de ese modo ejercían una gran influencia sobre el pueblo, ante cuya mirada pasaban por santos. Por esa causa eran muy poderosos en Jerusalén.

Creían o, por lo menos, fingían que creían en la Providencia, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y en la resurrección de los muertos (Véase el Capítulo IV, § 4). Jesús, que apreciaba por sobre todo la sencillez y las cualidades del corazón, que prefería en la ley el espíritu que vivifica, a la letra que mata, se dedicó durante su misión a desenmascarar su hipocresía y, por consiguiente, los transformó en enemigos encarnizados. Por eso ellos se aliaron a los príncipes de los sacerdotes a fin de amotinar al pueblo en contra de Jesús y eliminarlo.

ESCRIBAS. Nombre que al principio se daba a los secretarios de los reyes de Judá, y a ciertos intendentes de los ejércitos judíos. Posteriormente se aplicó en particular a los doctores que enseñaban la ley de Moisés y la interpretaban para el pueblo. Hacían causa común con los fariseos, de cuyos principios participaban, así como de su antipatía contra los innovadores. Por eso Jesús los incluía en la misma reprobación.

SINAGOGA. (Del griego *synagógē*: asamblea, congregación.). En Judea sólo había un templo: el de Salomón, en Jerusalén, donde se celebraban las grandes ceremonias del culto. Los judíos se dirigían hacia allí todos los años, en peregrinación, con motivo de las principales fiestas, tales como las de la Pascua, la Dedicación y los Tabernáculos. En ocasión de dichas fiestas Jesús viajó algunas veces hacia allá. Las otras ciudades no tenían templos, sino sinagogas, edificios donde se reunían los judíos los días sábado para hacer oraciones públicas, bajo la dirección de los ancianos, de los escribas o los doctores de la ley. En ellas también se hacían lecturas extraídas de los libros sagrados, seguidas de explicaciones y comentarios, en los que todos podían tomar parte. Por eso Jesús, sin ser sacerdote, enseñaba los sábados en las sinagogas.